

se despliegan veinticinco mil africanos mandados por el célebre Táric, rodeado de jefes no menos insignes, entre los cuales se cuenta Julián. A su encuentro sale Rodrigo en persona con un ejército aguerrido y superior en número, aunque no de cien mil hombres, como pretenden algunos antiguos historiadores. La noticia de la invasión le ha sorprendido, no en medio de los placeres como narran las leyendas, sino combatiendo contra los Francos en la frontera del Norte, y ha volado al encuentro de los Sarracenos (que han tenido que replegarse á las posiciones que ahora ocupan) no con un puñado de muelles cortesanos, sino con escogida falange. ¿Están con él Pelayo y Teodomiro, como algunos afirman? No lo sabemos de cierto; pero sí nos sorprende ver á Sisberto mandando el ala derecha; á Sisberto, hermano ó hijo de Witiza, desafecto á Rodrigo y que parece imposible que ahora venga á apoyarlo. Igualmente está el Arzobispo de Sevilla, Don Opas, también él hermano de Witiza y que no se presenta con el carácter de combatiente, sino quizá con el de mediador, que le permite pasar de un campo á otro sin obstáculo alguno.

Terrible es el primer encuentro, el inolvidable domingo 19 de Julio de 711. La caballería goda arrolla á los jinetes árabes, que están muy lejos de ser todavía lo que después se mostraron; pero los bereberes de Julián presentan una resistencia que asombra, amaestrados como han sido por este caudillo en la táctica y disciplina Romana. Se renueva varios días la batalla;

ya de los veinticinco mil invasores, quedan apenas nueve mil, cuando la traición, la única traición de esta época infausta, pone fin á la lucha. Sisberto se pasa al enemigo con toda el ala derecha que comanda. Los de Rodrigo se ensañan con los tráfugas, á cuyo jefe matan entre otros muchos; pero también se desconciertan, y tienen, por último, que retirarse. La batalla está ganada por los de Witiza y sus auxiliares africanos; pero no se ha alcanzado el fin de la intervención, pues aún vive Rodrigo y sigue al frente de su derrotado ejército. Así es que, en vez de volver á cruzar el estrecho, persuade Julián á Táric á continuar la persecución y á pedir más refuerzos de sarracenos.

Como iban en calidad de auxiliares del hijo de Witiza, rey legítimo para muchos, débil era la resistencia que la mayor parte de las ciudades ofrecían á los sarracenos, y manifiestas las simpatías de los habitantes; así es que caían una tras otra las plazas fuertes sin gran dificultad. Tuvieron, no obstante, que respetar á Toledo, capital del reino y principal objetivo de la campaña, gracias á los restos del ejército que conducía el incansable Rey Rodrigo, por más que en muchas ocasiones, como estratagema de guerra, se esparció la noticia de su muerte. Al fin sucumbió después de dos años de lucha en la batalla de Segoyuela, y cambió de aspecto la invasión de España. En vez de dar el cetro al hijo de Witiza, cuyos derechos fingían defender, la hicieron los mahometanos tributaria del Califa. Los desengañados españoles empezaron á ofrecer resistencia más vigorosa.

sa; pero era ya tarde, y á pesar de atrevidos levantamientos y honrosas capitulaciones, en siete años quedó terminada la conquista Sarracena, en el mismo espacio de tiempo en que se había consumado la de Siria.

Entonces fué cuando en las montañas de Asturias organizó la guerra de reconquista Pelayo, proclamado Rey á la muerte de Rodrigo. No os quitaré sobre la inmortal victoria de Covadonga las ilusiones que os he hecho perder quizá juntamente con las mías, al hablaros de la caída de España. Pero no me pesa. Mucho pierden, en verdad, la leyenda, y el teatro, y el romance al presentar á Julián y á Rodrigo como fueron en realidad; pero ganan mucho la historia y el honor de la raza española. Que los pecados del Rey hayan traído la justicia divina, sea enhorabuena. Pero no fueron sus culpas solas las que perdieron á España, y nos conviene examinar las causas, para que no se repitan desastres semejantes.

«No es lícito,¹ dice el docto autor á quien he tomado por guía, hablar de la decadencia intelectual de una gente, cuya ilustración innegable, durante la paz, sirve con harta frecuencia de argumento para rebajar con exceso la influencia atribuida con no menor extremo á los nuevos huéspedes en la cultura española. La causa verdadera de la catástrofe fué un espíritu universal de indisciplina, nacido de la exageración del particularismo germánico. De esa perniciosa condición anatematizada

¹ Saavedra, Estudio sobre la Invasión de los árabes en España.

en concilios repetidos, nacieron la anarquía á la muerte de Witiza, la apelación al extranjero á la proclamación de Rodrigo y la lucha individual después de la elección de Pelayo, prefiriendo todos el yugo del extraño á la elevación del allegado. Una tras otra fueron cayendo las más fortalecidas ciudades: no se cuidó Teodomiro de concertarse con los asturianos ya organizados, ni más tarde pensaron los Beni Cací de Aragón, ni Omar Ben Hafsún en Andalucía en someterse al Rey de León para triturar juntos al Califato de Córdoba y resucitar la antigua patria. Y es porque tal concepto de patria no existía entonces con la amplitud y elevación que alcanza entre nosotros los hijos del siglo XIX.»

¿No os parece estar escuchando un fragmento de historia moderna y, salvo los nombres, la narración de los sucesos que prepararon lo que se ha empezado á llamar el segundo Guadalete? Pero no anticipemos los acontecimientos ni recarguemos el cuadro de sombras: antes bien abramos los ojos al fulgor de la señalada victoria que hoy conmemoramos.

Estamos en el año de 718. En los cuatro que han transcurrido desde que Pelayo sucedió al infortunado Rodrigo, ha tenido aquél la ocasión y el tino de formar un reino, pequeño, sí; pero bastante grande para inspirar temores á los sarracenos, y de adiestrar un ejército bastante formidable para que destaquen en su persecución, no una patrulla como habría bastado contra inermes aldeanos, sino una hueste, por lo menos cuatro veces más numerosa que la que peleó en Gua-

dalete. Prudencia ó desconfianza, Pelayo no la aguarda en campo raso: se retira á las montañas escarpadas, y él mismo, con mil hombres escogidos, se fortifica en la inaccesible cueva de Covadonga. Su estandarte es la imagen de la Virgen madre de Dios, símbolo del catolicismo que profesa en toda su pureza, emblema de la esperanza que le anima en la restauración de su reino y en la regeneración de su raza.

Oh santa cueva, yo te saludo en este día memorable; paréceme ver las falanges sarracenas caminar una tras otra á destrucción segura por el estrecho desfiladero. Paréceme ver sus flechas que, en vez de herir á los cristianos, dan contra las peñas y matan de rechazo á los que las han disparado. Paréceme oír los truenos de la furiosa tempestad que se desata de súbito, y ver el rayo que desgaja el monte y lo hace rodar sobre lo que resta del ejército moro, matando en un momento millares y millares.

Ya es tiempo de bajar, oh Pelayo, y de completar con tus cristianos, en campo raso, el triunfo que la Virgen te ha concedido en la escarpada gruta. Baja, hierre, destroza, y cuando ya no quede ni un enemigo que lleve la nueva de su derrota, póstrate ante la efigie sagrada, y dále gracias por el milagro con que acaba de favorecerte. Milagro no menor ha sido que en el resto de España haya habido tan pocas defecciones, tan pocas apostasías, que los cristianos, aunque esclavizados, constituyen un peligro perpetuo para los dominadores y les impiden enviar nuevos ejércitos contra los Astures.

No menos ferviente debe ser el hacimiento de gracias de parte de cuantos nos hallamos presentes. Sin Covadonga no habrían existido los reinos de León, ni de Castilla, ni habría sido cristiana Valencia, ni se habría conquistado Sevilla, ni la Cruz habría relucido sobre los muros de Granada. Sin Covadonga, Colón no habría cruzado los mares en carabelas españolas, ni existiría esta gran ciudad, ni habrían adorado los Incas ni los Aztecas al Dios Crucificado.

Ocho siglos se necesitaron para reconquistar lo que se había perdido en siete años. Otros tres para extender y consolidar el vasto imperio que en pocos lustros se desmoronó. ¿Por qué tanta tardanza en avanzar, por qué tanta rapidez en retroceder? Lo acabamos de oír: el espíritu de indisciplina, la desunión que parece inseparable de la raza española, han sido la causa de todos los desastres y la rémora de todas las victorias. Sin luchas entre reino y reino, familia y familia, príncipe y príncipe, hermano y hermano, á Covadonga habrían seguido inmediatamente las Navas, y la conquista de Granada, y la de México, y la del Perú. Pero casi nunca faltaron guerras intestinas en la época de la reconquista, y desde Fruela hasta D. Pedro, desde Cangas hasta Montiel, nos horrorizan los fratricidios que manchan las gradas del trono. El mismo espíritu reina en la recién conquistada América, y hay que ahogar en sangre desde un principio, el prurito de insubordinación que se despierta en todas las clases sociales, sin exceptuar la Iglesia. Así, no es maravilla que hayan

llovido Guadaletes, tanto en la Madre Patria como en cada una de sus hijas emancipadas. ¿Vendrá una nueva Covadonga? ¿Está muy lejos ese día?

Para responder á estas preguntas conviene, ante todo, que fijemos las ideas. Acabamos de oír que el concepto de patria en el siglo VIII era muy diverso del que ha prevalecido en el siglo XIX. ¿Me será lícito opinar que esta idea se va modificando al entrar el siglo vigésimo?

¿Qué sucede con la raza sajona? ¿Qué pasa con lo que ha dado en llamarse imperialismo? Se encuentra la Inglaterra en apuros, y en vez de lanzar el Canadá y la Australia el grito de independencia, como en otro tiempo las colonias españolas, le envían gustosas su contingente de sangre y de sacrificios. Es que la idea de patria se ha extendido á todas las regiones cobijadas por el mismo pabellón, aunque medien inmensos mares entre comarca y comarca. Aún hay más. Apenas lo exigieron los intereses de raza, la Europa y la América Sajona olvidaron sus rencillas y se unieron como un solo hombre para aniquilar á la raza latina. Es que la idea de patria va extendiéndose á todos los pueblos que provienen de un origen común, aun cuando los cobijen diversos pabellones.

Esto nos da la medida de lo que ha de ser nuestra nueva Covadonga. El Pelayo del siglo VIII se contentó con reunir en su cueva á un puñado de Astures; al Pelayo del siglo XX no bastará un mundo, porque debe agrupar bajo su estandarte á toda la gente de estir-

pe latina. La Covadonga á que aspiramos, significa la regeneración y la unión, bajo el estandarte de la Cruz, de todos los habitantes de la vieja España, de las diez y ocho Repúblicas que fueron sus colonias, de Portugal, de Francia, de Italia. Si una sola falta de estas naciones, de poco servirán una ó veinte Covadongas parciales. La patria nuestra no debe ser en el siglo futuro un rincón de tierra, una tribu, una nación, sino la gran patria latina: de otra suerte, será incompleta la regeneración.

Fijado este concepto, ya es fácil la respuesta á la pregunta: ¿está lejos la nueva Covadonga? Lancemos una ojeada á la nación latina por excelencia, á la que encierra al Jefe de la Iglesia Católica, Padre de todos los fieles, pero muy especialmente de esa raza latina á que él mismo pertenece en lo humano. Mientras su trono y sus derechos sigan usurpándose; mientras el espíritu de insubordinación contra toda autoridad, sea cual fuere, siga manifestándose hasta el grado que allí se afilen los puñales que manchan de sangre todos los tronos, no hay esperanza de que de ella salga el salvador de nuestra raza. Busquémosle, pues, en España.

Ya parece que las veleidades de tener un segundo Portugal en las orillas del Mediterráneo, y de hacer flotar una nueva bandera nacional en las costas de Cantabria, van desapareciendo. Ya parece que empieza á entrar el convencimiento de que los sacrificios materiales deben hacerse igualmente por todas las provincias y por todos los individuos. Si llega á prevalecer la

convicción de que la Iglesia y la patria han de congregarse en su seno á todos sus hijos, y que ni tenemos derecho á cerrar las puertas del cielo á los que en ciertos puntos políticos no opinan como nosotros, ni hay quien lo tenga de arrojarnos del regazo de la patria porque predicamos á Cristo, entonces podéis afirmar que está cerca la nueva Covadonga; y cuando al espíritu de insubordinación tradicional haya sucedido el espíritu de unión indispensable en todos tiempos, pero mucho más en los presentes, estad seguros que surgirá el Pelayo, regenerador de la raza latina.

Como el primero no pudo confinarse á Asturias, ni al pequeño reino de León, así el segundo no podrá limitarse á agrupar en derredor de su bandera á un solo país. ¿Qué es, hoy día, una nación aislada, de diez y seis, veinte ó aun treinta millones de habitantes? La regeneración tiene que extenderse á todas las Repúblicas en que se habla español, á todas las naciones de origen común, á toda la patria latina, en el sentido que acabo de indicar. En ello va el honor nuestro, en ello va nuestro interés. ¿Cómo podrán subsistir sin alianzas esas pequeñas Repúblicas que no cuentan ni medio millón de habitantes?

Afortunadamente, ya el grito de unión se ha dado en Buenos Aires, la ciudad latina más populosa en el mundo, con excepción únicamente de París. El mismo ha resonado en Chile, que merecidamente disfruta la hegemonía de la América del Sur. Esto nos hace concebir lisonjeras esperanzas, por más que en otros rin-

cones de la tierra se escuchen notas desafinadas, se predique la discordia y se piense más en imitar la barbarie de la China, que en la regeneración social.

Esto depende de nosotros, señores, de cuantos nos gloriamos de la común estirpe latina, sea cual fuere el hemisferio en que hayamos nacido. A nosotros nos toca preparar la nueva Covadonga, y yo confío en que pondremos desde luego manos á la obra. Pongamos, ante todo, nuestra confianza en la Cruz del Gólgota, gloria y orgullo, defensa y protección de nuestros antepasados. Agrupémonos en derredor del estandarte de Covadonga, que simboliza el Catolicismo, puesto que ostenta la imagen de Aquella que venció todas las herejías antiguas y modernas, como canta la Iglesia. Tengamos fe en nuestra raza y en sus futuros destinos. ¡Qué! ¿Nos hemos de cruzar de brazos por unos cuantos desastres? ¿Convencidos de nuestra supuesta degeneración, hemos de rendir las armas sin pelear?

Tomemos de las otras razas enemigas de la nuestra esas bellas cualidades que les han dado la preponderancia actual. Imitemos su espíritu de unión. Emulemos su empeño en difundir la educación y la cultura en todas las clases sociales, y su afán por aprovecharse de todos los elementos morales, de todas las fuerzas físicas que la Providencia ha puesto á nuestra disposición; pero imponiéndonos el deber de descubrirlas y utilizarlas. Persuadámonos, sobre todo, que si queremos victorias, todos, sin excepción, debemos tomar parte en la lucha; unos dirigiendo; otros combatiendo;

otros, por lo menos, cuidando los bagajes. Si queremos que venga pronto la nueva Covadonga, á todos, sin excepción alguna, toca apresurar su llegada.

Es tiempo ya de terminar; pero antes debo tributar las más rendidas gracias á la Colonia Española de México, por el insigne honor con que me ha distinguido al convidarme á predicar en esta fiesta patriótica y hasta ahora exclusivamente suya. Desde el primer momento sentí que no estaría á la altura de la misión que se me confiaba, y ahora dejo el púlpito convencido de mi insuficiencia. De buena gana habría esquivado una honra superior á mis fuerzas; pero comprendí que ésta se dirigía, más que á mi persona, al principio que circunstancias fortuitas me han traído á representar: el principio de la unión de todas las naciones que reconocen el común origen español, del culto y el amor á la gran patria latina. En tal concepto, deserción habría sido rehusar el lisonjero convite que recibí, y preferí aceptarlo, á pesar de las condiciones desfavorables en que me hallaba. Perdonadme si mi voz no ha sabido interpretar bien vuestros sentimientos. Consuélame el pensar que otras más poderosas que la mía están resonando en este instante en todas las tierras en que se habla español, y todas serán escuchadas por la Virgen de Covadonga y atesoradas en su pecho maternal, hasta que suene la hora señalada por la Providencia para devolver á la raza latina su antigua hegemonía. Acelera este momento con tu intercesión, ¡oh Virgen de las Vírgenes! y no desampares á los que ponemos en tí nuestra confianza. Así sea.

SERMÓN

PREDICADO

EN LA PATRIARCAL BASÍLICA DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

EL 21 DE JULIO DE 1902.